PASCUAL Y CARRANZA.

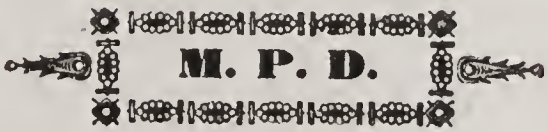
COMEDIA EN UN ACTO

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
FERMINA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
CARRANZA.	*Don Julian Romea.*
PASCUAL.	*Don Mariano Fernandez.*
DON LUIS.	*Don Lázaro Perez.*
MATEO.	*Don Ignacio Silvostri.*
SOLDADOS.	

La escena es un pueblo de Navarra por el año 1837.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una calle inmediata á la plaza del lugar por la derecha del actor: á la izquierda la fachada y puerta de una casa pobre.

ESCENA PRIMERA.

FERMINA.

Oh cuánto tarda el relevo
de los que guardan el fuerte!
Yo iria, Pascual, á verte
allí... pero no me atrevo.
Una moza no está bien
entre aquella soldadesca.
Dios me libre de su gresca.
Se armaria un somaten!...
Dirian que soy liviana,
que á todo ponen reparo
aquí... Y cómo me separo
de mi pobre madre anciana?
No; ya arreglé la cocina
y aquí le espera mi amor...
(*Suena una caja que toca dentro llamada.*)
Pero ya suena el tambor...
Será el relevo?
(*Llega por la derecha Pascual con capote de soldado, chacó, fusil, correaje y morral.*)

720922

ESCENA II.

FERMINA. PASCUAL.

Pascual. Fermina!
Fermina. Oh Pascual mio! Ya estás
libre?...
Pascual. De la guardia, sí;
pero nos vamos de aquí...
para no volver quizás!
Fermina. Qué dices?
Pascual. Es mucha suerte!
Vengo á tu pueblo con loca
alegría y ¡zás! me toca
entrar de guardia en el fuerte.
Lejos del bien que idolatro,
por minutos cuento allí
las horas, que para mí
son ciento, no veinticuatro.
Pero antes..., pobre Pascual,
qué breve fué tu contento!...
releva al destacamento
la milicia nacional;
y cuando volvia listo
á verte, ¡Pascual, en marcha,
á pisar nieve y escarcha,
por esos cerros de Cristo!
Fermina. Tan pronto! apenas te veo
y ya...
Pascual. Pues gracias que quiso
darme el oficial permiso
para decirte: *laus Deo.*
Fermina. Dios, de mi pena testigo,
hará que presto...
Pascual. Ay Fermina!
Ya huelo la chamusquina...
está cerca el enemigo!
Fermina. Qué triste es vivir en dias
de carlistas y patriotas,
y cristinos y feotas
y guerras y dinastías!
Pascual. A muchos les luce el pelo

andando, Fermina, en estas
trifulcas... mas yo... Qué apuestas
á que me toca el mochuelo?
Es decir, algun balazo
que me eche á la vida eterna,
ó me magulle una pierna
si no me rebana un brazo.

Fermina. No digas eso, por Dios!

Pascual. Arreglen con buenos modos
sus cuentas ó ámense todos
cual nos amamos los dos.
Oh fatal género humano!
Siempre la guerra en adobo!...
El lobo respeta al lobo
y el hombre mata á su hermano!

Fermina. La libertad...

Pascual. No la topo.
Si otros la gozan, yo no.
Pues si fuese libre yo,
no largaría este chopo?
Si cuando el hado importuno
me llamó á quintas... no en vano,
pues tuve tan buena mano
que saqué el número uno,
yo hubiera tenido un cacho
de libertad soberana,
á fé que de buena
dijera yo sin empacho:
«Dejen al pobre Pascual
huir del plomo que hiere;
mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.
Cualquier ley que se promulgue,
al pez chico engulle el grande;
siempre habrá rey que me mande
y Papa que me escomulgue.»

Fermina. Es obligacion notoria
servir á la patria.

Pascual. Ya;
pero...

Fermina. Y en la guerra está
el camino de la gloria.

Pascual. Gloria! Dóila á Belcebú
en medio á tal baraunda.
Toda mi gloria se funda,
Fermina, en que me ames tú.

Fermina. Y yo tambien hago alarde
de tu ardiente fé sincera,
Pascual; pero no quisiera
que te llamáran cobarde.

Pascual. Tú tendrás la culpa de eso.

Fermina. Yo! por qué?

Pascual. Tu tierno amor
me hace mirar con horror
las balas; te lo confieso.

Fermina. Pascual mio!

Pascual. No me quieras,
y que sea yo maldito
de Dios si me importa un pito
vivir ó morir!

Fermina. De veras?

Pascual. No nací para guerrero.
En mi corazon no hay hiel.
Soy dulce como la miel...
Qué quieres! un confitero!...
Con qué ardor quieres que riña
quien ha crecido en su aldea
entre cajas de jalea
y almendras de garapiña?
Dame, hermosa, un cucurucho
de yemas, ó tres peroles
de almibar, de huevos moles...
pero ¡morder el cartucho!...
A la guerra no se va,
Fermina, á comer turron,
ni balas de plomo son
peladillas de Alcalá.
Y si tus dulces miradas,
en cuyos rayos me pierdo,
son mas dulces que el recuerdo
de mis dulces mermeladas,
no he de mirar con enojos
al que alejarme pretenda
del azúcar de mi tienda

y de la miel de tus ojos?

Fermina. Oyéndote hablar así,
mucho temo,—no lo oculto,—
que huyeras tambien el bulto
si alguien me ofendiera á mí.

Pascual. A tí? Eso no! Voto á San...
me matarian primero
que yo consintiese... pero
porque mande Pedro ó Juan...

Fermina. Y no ves que si, perdida
la batalla, la faccion
entra en esta poblacion,
peligran mi honra y mi vida?

Pascual. Sí: es atroz el insurgente!
Te darian mal almuerzo
si... vamos; haré un esfuerzo;
procuraré ser valiente.
Mas para infundirme brio
dame un abrazo.

Fermina. Sí; ven... (*Se abrazan.*)
Que Dios te traiga con bien!

Pascual. Alma mia!

Fermina. Dueño mio!

(*Llega por la derecha Carranza, equipado como Pascual y con insignia de sargento segundo.*)

ESCENA III.

FERMINA. PASCUAL. CARRANZA.

Carranza. Abrazos aquí!

Pascual. (*Separándose de Fermina.*)
(El sargento
Carranza!)

Carranza. Calle!... Pascual!...
Avispa: qué haces aquí
cuando ya todos están
en filas?...

Pascual. Me ha permitido
el caballero oficial...

Carranza. Silencio! (Qué buena hembra!

en todo el pueblo no la hay
mas guapa.) La obligacion
es antes. Vivo! A formar!

Fermina. Tenga usted, señor sargento,
un poco de caridad.

Carranza. Contigo, perla, no rige
la ordenanza militar;
con él... Oido á la caja!
No oiste el ran-patan-plan?

Pascual. Yo, sí señor.

Carranza. Y creiste
que tocaban á abrazar?

Pascual. Tocaban llamada, pero...

Carranza. Eh, largo! Mi autoridad
no sufre tales escándalos.
Sobre todo la moral!

Fermina. No hay escándalo. El cariño...

Pascual. Ella y yo...

Carranza. Si no te vas
al trote...

Pascual. Obedezco.
(*A Fermina.*) Adios!
Dí á tu madre...

Carranza. Basta ya!

Fermina. Sí; adios!

Pascual. (*Yéndose.*) No me olvides!

Fermina. Nunca!
Y tú...

Carranza. Ira de Dios!...

Pascual. Jamás!

ESCENA IV.

FERMINA. CARRANZA.

Carranza. Mucha penilla te aflige
al ver á ese perillan
tomar el tole, hija mia;
pero es cosa natural.
Será tu primo, ó tu hermano.

Fermina. No, señor.
Carranza. Es tu galan
acaso?
Fermina. Es mi novio.
Carranza. Novio!
Estás dada á Barrabás?
Novio tuyo ese zanguango?
Con tu cara y con tu sal
tú mereces un gachon
de superior calidad.
No labran miel las abejas,
como dice aquel refran,
para la boca del asno.
No te quiero yo tan mal
empleadâ.
Fermina. Pero á usted
qué le importa?...
Carranza. Voto á San!...
Pero, es cierto que aquel tábano
cautiva tu voluntad?
Pero, es verdad que le quieres?
Fermina. Sí; con vida y alma.
Carranza. Quiá!
Fermina. Sabrá usted mejor que yo
lo que en mi pecho?...
Carranza. Sí tal.
Le habrás querido hasta ahora:
convenidos; le querrás
todavía así..., á manera
de prójimo... Bien está;
pero que él sea en tu pecho
el rey constitucional,
sobre que no puede ser!
yo te lo digo, y no hay mas.
Fermina. Por qué?
Carranza. Porque vivo yo;
(*Con la mano en el pecho.*)
porque tengo aquí un volcan
ardiendo desde que he visto
esa cara celestial;
porque yo soy el sargento
Carranza por tierra y mar,

y él un ganso que no sabe
de la misa la mitad;
y donde hay patron no manda
el marinero; cabal.

Fermina. Pero usted echa la cuenta
sin la huéspeda.

Carranza. Pues ya!
Soy veterano y entiendo
la aguja de marear.
Con eso querrás decirme
que no serás mia? Bá!
A mayores fortalezas
hice yo capitular.

Fermina. Esa es mucha presuncion...

Carranza. Lo digo sin vanidad.
Si ya el corazon no tienes
blando como un mazapan,
consiste en que aun no has mirado
mi frontispicio.

Fermina. (*Riéndose.*) Já, já!...

Carranza. Ries?

Fermina. Me hace usted reir
cuando debiera llorar.

Carranza. Dejo á un lado mi gineta,
que á tantas hijas de Adan
hace tilin; mas si quieres
que el partido sea igual,
alza del suelo los ojos,
ánzalos y temblarás.—
Así.—Qué ves en mi cara?

Fermina. Nada de particular.

Carranza. Qué escucho! Es moco de pavo
este despejo marcial?
Hay corazon que resista
á mi labia singular,
y á este bigote de á tercia,
y á estos ojos de alquitran?

Fermina. Sargento, no gaste usted
pólvora en salvas. Allá
le esperan á usted, y yo
tengo que hacer...

Carranza. Ya te vas?

Eso es darte por vencida.
(*Fermina va á entrar en su casa, y el Sargento se pone delante de la puerta para impedirlo.*)
Eh! no entras en el zaguan
hasta que quede arreglado
este asunto.
(*Queriendo tomar la mano á Fermina.*)
Ven acá...

Fermina. Quietas las manos, ó...

Carranza. Bien.
No alborotes el lugar
por eso. (Es algo bravía,
pero ella se amansará.)
Quedamos en que me adoras,
pero el pudor virginal
te impide...

Fermina. Nada me impide
decir sin titubear
que en su cara de usted veo
la estampa de Satanás.

Carranza. Bien, hija de mi alma, bien!
Esa es muy buena señal.
Si tuviera tan seguro
el grado de capitan...
Lo tengo ya esperimentado:
todas, regla general,
todas, la primera vez
que ven mi gesto de agraz,
se espantan como palomas
cuando grazna el gavilan.—
No es ponderacion. A alguna
la han tenido que sangrar.—
Mas pasado el primer susto,
y cuando ven la piedad
con que deshago los pliegues
de mi ceño montaráz,
y guiño el ojo, y sonrío...
Virgen Santa del Pilar!
me cobran una querencia
y un aquel... que es por demás.

Fermina. Pues yo...

Carranza. Aquí donde me ves,

soy mas bueno yo que el pan,
que no es tan fiero el leon
como le suelen pintar.
Ea, pues, dame esos cinco...
(*La coge la mano.*)

Fermina. Tengamos la fiesta en paz.
Suelte usted!

Carranza. (*Sin soltar la mano.*) (Una sortija...
de prenda me servirá.)

Fermina. (*Pugnando por desasirse.*)
Qué porfia!... Suelte usted...

Carranza. (*Apoderándose de la sortija.*)
(Ya es mia!) Si no me dás
palabra... (*Tocan tropa.*) La caja! Adios!

ESCENA V.

FERMINA.

Anda con mil!... Qué apretar
tan bárbaro! En cada dedo
me ha dejado un cardenal.—
Ah! y mi sortija? Sin duda
se ha caido... (*Tocan marcha.*) Ya se van.
Pascual mio, sabe Dios
si te volveré á abrazar!
(*Buscando la sortija.*)
No la veo por aquí...
Nada! Es inútil mi afan...
Ay de mí! se la ha llevado
el sargento... Hombre fatal!—
Le seguiré. La vergüenza
me detiene. Qué dirán?...
Era la prenda amorosa
que me dió el pobre Pascual...
Un ala del corazon
me dejára yo arrancar
primero... Mas quién creyera
que sería tan audaz
aquel hombre?... Ay desdichada!
Llorad, mis ojos, llorad!

ESCENA VI.

FERMINA. DON LUIS, *con insignias de capitan de infantería, y en traje de marcha.*

D. Luis. Lloras, Fermina?
Fermina. Ah, señor!
D. Luis. No se me oculta la causa.
Pascual...
Fermina. Venir á mi pueblo
cuando menos lo esperaba,
y antes de cumplirse el dia
ponerse otra vez en marcha...
D. Luis. Es su obligacion! Sabiendo
que salia esta mañana
el destacamento, en vano
al oficial que lo manda
he pedido una licencia
para que aquí se quedára
algunos dias Pascual.
Fermina. Mil gracias, don Luis, mil gracias.
Los deberes de un soldado,
y sobre todo en campaña,
son muy rígidos; lo sé.
Ante las leyes tiranas
de la guerra nada son
los sollozos y las lágrimas
de una infeliz.
D. Luis. No te aflijas.
Volverá... (Pobre muchacha!)
y volverá vencedor.
Fermina. O le matará una bala.
D. Luis. No lo creas. En la lid
mas feroz y encarnizada,
para un soldado que muera
hay doscientos que se salvan.
Yo espero que de este número
sea Pascual.
Fermina. Dios lo haga!
D. Luis. Parece muy buen muchacho.
Fermina. Que yo lo diga no basta,

pero es la suma honradez,
y no hay mozo en la comarca
mas aplicado. Nació
en una aldea inmediata...
Aquí vino... Todavía
no hace tres meses... Por Pascua...
Me amó; le amé... A poco tiempo
cayó soldado...

D. Luis. (Qué lástima!)

Fermina. No pudo comprar un hombre,
porque ha subido la tara
en términos... No hay recurso:
mientras la guerra no acaba,
¡y no lleva trazas de eso!
tendrá que servir... Mal haya
quien!... Pero, perdone usted
si mis clamores le cansan.

D. Luis. A mí? Al contrario. El cariño
y la gratitud me mandan
interesarme por tí.
Cuando tuve la desgracia
de caer herido, puerto
de mi salud fué tu casa.
Compartiendo tus cuidados
entre mí y aquella anciana
respetable...

Fermina. Quiere usted
que me salgan á la cara
los colores? Cualquiera otra
en iguales circunstancias
hubiera hecho lo mismo.
Siempre mi choza está franca
para quien vierta su sangre
por mi Reina y por mi patria.

D. Luis. Fermina, en tu hogar hallé
una madre y una hermana,
y siempre en mi corazon
será una deuda sagrada...

Fermina. Y nos deja usted tan pronto!

D. Luis. Sí; mi bandera me llama.
Ya me espera mi asistente
con el caballo en la plaza,

y vengo á decirte adios.

Fermina. Pero, mal cicatrizada
la herida, se espone usted...

D. Luis. Aunque no me ha dado de alta
el cirujano, en Lodosa
mi compañía me aguarda.
Allí convaleceré...
Adios! Tu madre...

Fermina. En la cama.
Hoy no puede levantarse...

D. Luis. Pues no quiero incomodarla.
Permite que al despedirme
estreche en tu mano blanca
la mia.

Fermina. (*Dándosela.*) Con mil amores.
(*Mostrando un bolsillo que ha dejado en ella don Luis.*)
Ah! Qué es esto?

D. Luis. Hazme la gracia
de aceptar...

Fermina. Dinero! Acaso
es esta alguna posada?
Señor capitan, los huéspedes
que yo recibo no pagan.

D. Luis. Perdona, bella Fermina,
sin justa razon te agravias.
Bien sé yo que hay beneficios
que el oro á pagar no alcanza;
pero... sois pobres, y es justo...

Fermina. El asistente pagaba
todo el gasto que se hacia.
No hemos soltado una blanca.

D. Luis. Y las noches que has perdido
en mi cabecera?...

Fermina. Nada!
No son perdidas las horas
cuando para Dios se ganan
en obras de caridad.

D. Luis. Pero...

Fermina. No hay pero que valga.
O toma usted su dinero,
ó le arrojo...

D. Luis. Espera... (Qué alma

tan noble! Mas yo sabré
á su pesar...)

Fermina. (*Poniéndole en la mano el bolsillo.*)
Ea!...

D. Luis. (*Guardándolo.*) Vaya!
Con eternos caractéres
grabaré tu accion hidalga
en mi pecho.

Fermina. En hora buena.

D. Luis. (*Tomándola otra vez la mano.*)
Adios!

Fermina. Adios!

D. Luis. Si te casas,
y antes no muero insepulto
en los montes de Navarra,
querrás que sea padrino?...

Fermina. Eso sí; de buena gana. (*Llorosa.*)
Adios! y cuidarse mucho,
y acuérdese usted...

D. Luis. (*Enternecido.*) Sí... Basta!

Fermina. (Tantas penas en un dia!)
(*Entra en su casa.*)

D. Luis. Llorando voy como un mándria.

(*Vase por la derecha, y al mismo tiempo llega Mateo por el último bastidor de la izquierda.*)

ESCENA VII.

MATEO.

Héme aquí por el lugar
paseando mi carpanta,
sin anguarina, sin manta,
y sin casa y sin hogar.
Que para ser jornalero
me dé Dios brazos y piernas!
Que haya en el mundo tabernas,
y yo no tenga dinero!
Y no hay remedio: ó morirme
de gazuza en un rincon,
ó coger un azadon

y cabar firme que firme.
Mas tengo un ódio al trabajo...
Aun si yo tuviera drecho
para esquilmar el barbecho
donde voy á echar el cuajo...
Mas remar como un endino
en Agosto y en Enero
por un jornal chapucero
que no alcanza para vino...
Oh vida perra y amarga!
Te aborrezco... y soy tan flojo
que en el Arga no me arrojo
estando tan cerca el Arga!
(*Se arrima á un bastidor.*)
Bostezaré en esta esquina...
(*Sale de su casa Fermina con un cántaro, y se dirige hácia la izquierda del foro.*)
pero allí á Fermina veo...
Voy á echarla un chicoleo.
(*Saliéndola al encuentro.*)
A la par de Dios, Fermina!

ESCENA VIII.

FERMINA. MATEO.

Fermina. Dios te guarde.
Mateo. Sabes, tórtola,
que vales un Potosí,
y que me dá mucha lástima
de verte cargada así?
Fermina. Voy de prisa.
Mateo. Voto al chápiro!
Mientras tú cargada vas,
me he de estar yo hecho un cernícalo
aquí? No faltaba mas!
Para llevar ese cántaro,
carita de rosicler,
yo te serviré de acémila...
Fermina. Aparta. No es menester.
Mas te valiera, gaznápiro,

ir al campo á trabajar.

Mateo. Soy delicado de estómago
y no me puedo agachar.—
Pero aunque voy hecho un zángano
por estas calles de Dios,
echaré por tí los hígados
si hacemos migas los dos.

Fermina. Nunca!

Mateo. ...No seas tan áspera:
Suelta ese cántaro y vén!...

Fermina. Atrás!

Mateo. O con fiero escándalo
estréllamelo en la sien!

Fermina. Ni uno ni otro. A un lado!

Mateo. Oh pícara
fortuna!... Quédome aquí,
pero...

Fermina. (*Volviéndole la espalda y siguiendo su camino.*)
Abur!

Mateo. (*Gritando.*) Oye! de un álamo
me voy á colgar por tí.

ESCENA IX.

MATEO.

Sí señor; me colgaré.
De qué sirvo yo en el mundo?
Ni tengo olivar ó viña
ni quiero en ageno surco
sudar la hiel.—Es decir
que soy un perdido, un tuno.
Y cómo, si no trabajo,
he de llenar el bandullo?
Y sobre andar mal comido
y espuesto á verme desnudo,
el alcalde me persigue
porque soy un vagamundo;
las mozas no me hacen caso,
y no me fia el berrugo

del tabernero. Ea, pues;
hago con la faja un nudo,
y en un álamo... Quien dice
álamo dice almendruco;
el caso es morir ahorcado
sin molestar al verdugo.
No es mi delicia la holganza?
Pues bien; me doy por el gusto.
No hay cuerpo mas descansado
que el cadáver de un difunto.—
Mas poco á poco, Mateo.
Aun te queda otro recurso.
Sienta plaza. El militar
siempre tiene el pan seguro.—
Tambien pasa trabajillos,
pero en tomándole el pulso
al oficio... Hay garrapatas,
hay hospitales donde uno
se está con el padre quieto...
y luego, yo no soy zurdo;
sé algo de letras y un dia
llegaré á cabo segundo.—
El noviciado es cruel.
Entrar sin un peso duro
á servir... Mejor sería
venderme por sostituto...
Pero, quién me compra aquí?
Todos son unos paturdos
que el que menos y el que mas
no ganan para el condumio.
(*Suena dentro marcha.*)
Otra vez soldados?
(*Mirando desde la derecha.*) Calle!
son los de marras. Columbro
á mi vecino el sargento
Carranza... él es. Hombre crudo!
Aquí vienen. Los veré
desfilar... Cá! Si me chupo
los dedos cuando...

ESCENA X.

MATEO. CARRANZA. SOLDADOS.

(*Llega Carranza por el último bastidor de la derecha á la cabeza de un pelotón de soldados, que á su voz y al redoble del tambor forman en batalla, dando frente al público.*)

Carranza. Por filas
en batalla!
(*Mirando á la casa de Fermina.*)
Aunque la busco
con los ojos, no la veo;
y eso que, faltando al uso,
traigo la tropa á su calle
para que vea mi triunfo.
Firmes! (*A los soldados.*)

Mateo. Que viva el sargento
Carranza.

Carranza. Calla, avechucho!—
Sabes si está la Fermina
en su casa?

Mateo. Tomó el rumbo
de la fuente.

Carranza. Pues entonces,
(*A los soldados.*)
rompan filas! Cada uno
á su casa.
(*A un soldado.*) Espera tú,
Ramirez.

(*Vanse en distintas direcciones todos los soldados menos uno.*)

Mateo. Ha habido mucho
tiroteo?

Carranza. Poca cosa.
Huyendo van como el humo
los facciosos. De que vieron
á dos batallones juntos
abandonaron el campo;
esto es, no todos, que algunos

quedaron en el tendidos.

Mateo. Bueno! Y de los nuestros, hubo?...

Carranza. Tiran confites? Seis muertos,
once heridos y un contuso.
Allí cayó mi teniente
atravesado de un muslo.

Mateo. Sí?

Carranza. Y un soldado. (Qué gozo!)
Pascual Andía.

Mateo. Qué escucho!
El confitero? Qué lástima!

Carranza. Lástima de un zamacuco
que quería á quien yo quiero?

Mateo. Ya!

Carranza. Le ha llegado su turno,
y pues estorbaba en este,
bien está en el otro mundo.
Pondré el parte...

(*Se sienta en un poyo, saca un tintero de cuerno y papel y escribe.*)

Mateo. (Vaya un alma
atroz!)
(*Gritando.*) A mí? Voy al punto.
(Qué querrá de mí el alcalde?)
Abur! (*A Carranza.*)

Carranza. Adios, mameluco.

ESCENA XI.

CARRANZA. EL SOLDADO.

Carranza. Ya está el encabezamiento.
Siga el parte de ordenanza.
(*Escribiendo.*)
«El infrascrito sargento
de dicho destacamento,
Pedro Nolasco Carranza,
dá parte á su capitan,
don Casimiro Bazan,
de haber muerto en este dia
don Alejandro Megía,

teniente, — téngale Dios
en gloria, — y Pascual Andía,
soldado; entrambos á dos
de la propia compañía.»

ESCENA XII.

CARRANZA. FERMINA. EL SOLDADO.

Fermina. (*Para sí.*) Muerto mi Pascual amado!
Será cierto, justo Dios?

Carranza. (*Levantándose y dando al soldado el papel que ha escrito.*)
Este parte al capitan!
Dos leguas dista el canton...

Fermina. (*Viendo á Carranza.*)
(Carranza!...)

Carranza. En dos horas vas,
y vuelves en otras dos.
Listo! (*Vase el soldado.*)

Fermina. (*Dejando el cántaro en el suelo, mientras Carranza guarda el tintero.*)
(Aunque aborrezco á ese hombre
fuerza es preguntarle... Voy...)
(*Acercándose.*)
Señor sargento...

Carranza. Oh, Fermina
preciosa, cara de sol!
Ya me echarias de menos...
Verdad, paloma? Aquí estoy
en cuerpo y alma y campando,
como siempre campo yo,
por mi respeto.

Fermina. Quisiera
saber si es cierta la voz
que corre por el lugar.
Pascual Andía...

Carranza. Espichó.

Fermina. Cielos!

Carranza. Allí está en el campo
de cuerpo presente.

Fermina. Oh Dios!
Y así me lo dice usted,
con esa calma feroz!...
Carranza. Pues, cómo lo he de decir?
Fermina. No tiene usted corazon.
Carranza. Cómo quieres que lo tenga,
niña, si á tí te lo doy?
Fermina. Oh! calle usted, que no puedo
escucharle sin horror.
Pascual mio!...
Carranza. Eh! no te aflijas.
Si aquel prójimo tronó
otros quedan... Me parece
que un hombre de este tenor...
Fermina. Quítese usted de mi vista,
tigre!...
Carranza. Al contrario; si soy
como un borrego!... Es decir:
(*Fermina toma el cántaro y se dirige á su casa.*)
Adónde corres veloz?
Oye... Espera...
Fermina. (*Desde la puerta.*) Atrás, malvado!
Respete usted mi dolor.
(*Entra en su casa y cierra la puerta.*)

ESCENA XIII.

CARRANZA.

Sí, dejémosla que ahora
desfogue... En esta ocasion
cada piropo que suelte
mi labio será una coz.
Tuvo un poco de querencia
á aquel mueble, y es razon
cubrir, como dijo el otro,
el espediente. Me voy
á casa de la patrona,
y luego... No hay remision;
ella me querrá, de juro,
que al fin soy hombre de pró

y no tiene entre sus filas
el ejército español
un terne de este calibre
y de esta.... Si soy atroz!
Y un clavo saca otro clavo;
y él muerto y yo vencedor,
entre Pascual y Carranza
no es dudosa la eleccion.
Mañana dirá que sí
si ahora me ha dicho que no,
que el alma de una mujer
es lo mismo que un reló
descompuesto!.....
(*Mirando á la derecha.*)
Mas ¿qué miro?
Estoy soñando? Es vision
del otro mundo? Pascual!...
Pascual es!... Perdido soy.

ESCENA XIV.

CARRANZA. PASCUAL.

Pascual. Mi sargento...
Carranza. Qué esperpento
es ese? Quién te ha mandado
resucitar, mal soldado,
sin permiso del sargento?
Pascual. Yo no he muerto...
Carranza. Cómo qué?...
A otro can con ese hueso.
No te ví yo rostritieso,
sin mover brazo ni pié?
Pascual. Cuando ví que la faccion
nos cortaba, me tendí
por aquellos suelos y...
me fingí muerto...
Carranza. Collon!
Pascual. No. Quise darles un chasco.
Carranza. A ellos ó á mí? Vive Cristo!
Pascual. Y me levanté tan listo

luego que pasó el chubasco.

Carranza. Soldado y tanto cangueló!..
Es igual; caiste allí,
y muerto estás para mí
como se murió mi abuelo.

Pascual. Pero si...

Carranza. Nada! no aguanto...

Pascual. Pongo al cielo por testigo...

Carranza. De parte de Dios te digo
que vayas al campo santo.

Pascual. Yo...

Carranza. No tienes que cansarte.
O no eres Pascual Andía,
ó muerto estás. No hay tu tia!
Así lo reza mi parte.

Pascual. Se burla usted?

Carranza. No; muy sério
te lo digo...

Pascual. Pues es floja
la... porqué á usted se le antoja,
he de irme yo al cementerio?

Carranza. Puede haber duda en si estás
muerto ó vivo...

Pascual. Yo me tiento...

Carranza. Pero el parte de un sargento
no puede mentir jamás.
Yo sé bien lo que me escribo.
Tú eres uno, ó eres dos?

Pascual. Uno.

Carranza. Pues hombre de Dios,
ó eres muerto, ó eres vivo.

Pascual. Ya!

Carranza. Escoge tú lo que mas
te convenga. Vivo, ó muerto?
Escoge! Pero te advierto
que yo no me vuelvo atrás.

Pascual. Hombre!

Carranza. Ya no tienes plaza.
Primero que yo consienta
en que nadie me desmienta;
morirá toda tu raza.

Pascual. No se ha visto un atropello

semejante. Vaya un tío!
Me habré yo muerto, Dios mio,
y no habré caido en ello?

Carranza. Lo dicho. Por un pazguato
yo no deshágo lo hecho.
Si eres muerto, buen provecho;
y si eres vivo..! te mato.

Pascual. Pero... dejaré tambien
de ser soldado y de...

Carranza. Cierto.

Pascual. Pues señor, me doy por muerto.

Carranza. Dios te dé la gloria amen.

Pascual. Por hacer la mortecina
¡ahí es nada! tómo el jopo,
suelto el hato, tiro el chopo...
y me caso con Fermina!

Carranza. Eso no, pese al demonio!

Pascual. Cómo que no? Pues...

Carranza. Pregunto:
Has visto tú algun difunto
que contraiga matrimonio?

Pascual. Yo he muerto como soldado.
Como novio...

Carranza. Tambien.

Pascual. Sí?

Carranza. Si muerto estás para mí,
para ella estás enterrado.

Pascual. Mientras ella sea fiel...

Carranza. Te quiso mientras vivias;
muerto, ha dicho: no en mis dias!

Pascual. Cómo?

Carranza. No te dá cuartel.

Pascual. Ella...

Carranza. (Metámosle miedo.)
Creyéndote con mortaja,
tambien te ha dado de baja,
y yo soy el que te heredo.

Pascual. Si es cierto, ánimas benditas,
de pesadumbre me muero!

Carranza. Sí; eso es lo mas sano; pero,
ay de tí si resucitas!

Pascual. No es posible que ella me haga

tal ofensa, tal...

Carranza. Qué no?
Palabra y mano me dió.
(*Mostrándole la sortija.*)
y amen de eso, esta tumbaga.

Pascual. Mi sortija! Qué mas prueba
quiero ver...

Carranza. (La yesca prende.)

Pascual. Con qué ingratitud me vende!

Carranza. Así son las hijas de Eva...

Pascual. Ay! ahora sí que perplejo
no sé si muero ó si vivo.

Carranza. Yo me ahorcára de un blivo
si estuviera en tu pellejo.

Pascual. No es mejor ahorcarla á ella?

Carranza. A ella?
(*Tira del sable y le amenaza.*)
Antes mi chafarote
te rebanará el cogote.
Por vida de una centella!...

Pascual. Sacuda usted sin temor.
Ya soy como esa pared.
Firme! Sacúdame usted.
Me hará usted mucho favor.

Carranza. Y qué adelantas con eso?
Si al fin tuya no ha de ser?
Morir por una mujer!
Vive y no seas camueso.

Pascual. Ah, sí! mi madre, mis dos
hermanas...

Carranza. Salto de mata
y otra al puesto.
(*Envaina el sable.*)

Pascual. Adios, ingrata!
(*Suena dentro música tocando marcha.*)
Adios para siempre, adios!
(*Vase por el primer bastidor de la izquierda.*)

ESCENA XV.

CARRANZA.

Abur! — Ya ese mequetrefe
no estorbará... Pero, hay fiesta
aquí?... Qué música es esta?
(*Mirando desde un bastidor de la derecha.*)
Tropa!... El general en gefe!
Voy á recibir puntual
sus órdenes.
(*Vase corriendo por la derecha, y al mismo tiempo asoma Pascual por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

PASCUAL.

No, no puedo
sin verla... Llamaré quedo...
(*Llama á la puerta de Fermina.*)

Fermina. (*Dentro.*) Quién?

Pascual. Abre.

ESCENA XVII.

FERMINA. PASCUAL.

Fermina. Cielos! Pascual!

Pascual. Yo soy...

Fermina. Muerto, ó vivo?
Sombra, ó?...

Pascual. No lo sé!

Fermina. Si eres alma en pena...

Pascual. Sí; pena cruel
me acongoja el alma
y el cuerpo tambien.

Fermina. Dijéronme... Ay triste!
Yo de buena fé

lo creía...

Pascual. Y lloras,
ingrata mujer!

Fermina. Yo ingrata!

Pascual. Ese llanto
lo viertes tal vez
porque, cuando piensas
que herida la sien
soy pasto de cuervos,
de pronto me ves
llamar á tu puerta
lo mismo que ayer.

Fermina. Oh sorpresa! Vives!...

Pascual. Te sorprendes, eh?
Ni lanza ni plomo
rasgaron mi piel.
Mi muerte en el campo
estrategia fué.
Oh! si viera entonces
lo que ví despues,
hubiera pedido...
con hambre y con sed
que me hiciera trizas
algun somaten;
que mas me valiera
con honra y con prez
morir por la patria
en un santiamen,
que no de un berrinche...

Fermina. Berrinche! Por qué?

Pascual. Y tú lo preguntas?
Oh Dios de Israel!
Y apenas te dicen
que estiro yo el pié,
sin rezar siquiera
como era de ley,
un mal padre-nuestro,
te casas...

Fermina. Con quién?

Pascual. Con ese Carranza,
que es un Lucifer.

Fermina. Miente quien lo diga.

Quién lo ha dicho?

Pascual. El.

Fermina. Mentira! Calumnia!
Tal su empeño fué,
mas cerré mi puerta
con fiero desden
sin quererle oirle,
sin quererle ver.

Pascual. Aleve, no traga
tu anzuelo este pez.
No le diste en prendas,
descastada, infiel,
aquella sortija
que te regalé?

Fermina. Ah! no me acordaba...
Grosero y soez
me arrancó del dedo
la sortija.—Ten;
registra la mano;
verás cinco ó seis
cardenales... Mira...

Pascual. (*Tentando y reconociendo la mano de Fermina.*)
Sí; claros se ven.
Ahora ya te creo.
No te he de creer
si al tocar tu mano
siento un no sé qué.
Un....así, á manera
de jarabe ó miel.
No; tú ya no puedes
tener interés,
despues que te trata
peor que á un lebrel,
en que el cura junte
para siempre amen
con esta de nieve
su mano de pez.

Fermina. Solo á tí te quiero,
Pascual.

Pascual. Sí, mi bien;
sí, hijita, tu novio

es este, no aquel.—
Y me aconsejaba
romperme la nuez!
Cain!... Oh Fermina,
paloma sin hiel,
domus aurea, estrella
matutina!... Ven;
dame acá un abrazo!...

Fermina. Aunque sean diez. (*Se abrazan.*)

ESCENA XVIII.

FERMINA. PASCUAL. CARRANZA.

Carranza. Qué veo! Alto, ó voto á brios!...
(Siempre los encuentro así!)

Pascual. Lo ve usted? Me quiere á mí,
ó á usted? Si estaba de Dios!

Carranza. (Le voy á abrir en canal.)
(*Empuñando el sable.*)
Qué apuestas á que la chanza
te sale... (Tente, Carranza,
que está cerca el general.)

Pascual. Cachaza, señor sargento;
ya no temo su aspereza.
Yo he muerto: el parte lo reza.
Ya no soy del regimiento.

Carranza. Eh, no pienses escaparte
de mi terrible venganza.
Vive. Ahora manda Carranza
que vivas. Daré otro parte.—
«El abajo firmado
dá parte hoy dia
de haber resucitado
Pascual Andía;
y esto es tan cierto
como que hace dos horas
estaba muerto.»
(*En ademan de sacar el tintero.*)
Voy...

ESCENA XIX.

FERMINA. PASCUAL. CARRANZA. MATEO.

Mateo. (*Dando á Carranza un oficio.*)
Tome usted este plego
de parte del general.
Carranza. A mí!...
(*Lo abre y lée para sí.*)
Mateo. Qué veo? Pascual!
Pues no espicháste, modrego?
Fermina. Ya ves que no.
Pascual. Soy yo tonto?
Mateo. Sabes, Pascual?...
Carranza. (Voto á brios!...)
Mateo. Que vamos á ser los dos
camaraditas muy pronto?
Pascual. Cómo es eso?
Mateo. Me he vendido...
Tavía no sé por quién,
pero me han pagado bien.
Carranra. (Quisiera no haber nacido!)
(*A Pascual guardando la órden.*)
Entrega pronto á Mateo
el fusil y el correaje,
y, en fin, todo el atalaje.
(De ira estoy que no veo!)
Pascual. Por qué?
Carranza. Pedazo de bruto,
porque así me lo han mandado;
porque ya no eres soldado;
Mateo es tu sostituto.
Pascual. Un sostituto!... Y de balde!
(*Quitándose las prendas militares y entregándoselas á Mateo, que se las va poniendo conforme las recibe.*)
Fuera este arreo importuno!
Mateo. Para engancharme por uno
me llamó el señor alcalde;
dije amen; real sobre real
me contó diez onzas de oro...
Pascual. De dónde salió el tesoro?...

Mateo. Me dijo que un oficial...
Fermina. Ah! don Luis!... Dios se lo pague
aquí y en el Paraiso!
Carranza. (*A Mateo.*)
Vamos pronto! (El diablo quiso
que yo esta píldora trague!)
Despacha!
Mateo. Voy al momento.
Carranza. (¿Por qué ha de haber sostitutos!)
Dentro de cuatro minutos
se larga el destacamento.
Mateo. Ya estoy.
Carranza. (Hagamos de tripas
corazon.)
(*A Fermina.*) Adios, imán!...
Cómo ha de ser! Dios dá pan
al que no tiene... Chiripas!...
Adios! (Mal provecho le haga!...)
(*Mateo viendo su aire poco militar y dándole con el puño en la barba.*)
Alza esa geta, ó te pego...
(*A Fermina dándola su sortija.*)
Toma tú; no digas luego
que me fuí con la tumbaga.
Fermina. Dios le dé á usted mucha pró.
Nunca rencorosa fuí.
Pascual. Ni yo.
Mateo. (Quién me tose á mí?
Diez onzas! Quién como yo?)
(*Tocan dentro llamada.*)
Carranza. Suena la caja. Anda listo!
Pascual.
Fermina. } Adios!
Mateo.
Carranza. (*Yéndose con Mateo.*)
(A tiempo la oí.
Si no suena pronto, aquí
se arma la de Dios es Cristo.)

ESCENA ULTIMA.

FERMINA. PASCUAL.

Pascual. Fermina amada! Mi gloria!
Fermina. Entremos... Mi madre espera...
Oh dicha! Quién me digera
ayer... Cantemos victoria!
Pascual. No esperes que yo la entone
hasta tanto, dulce amiga...
Fermina. Qué?
Pascual. Que el cura nos bendiga
y el público nos perdone.

FIN DE LA COMEDIA.